AMOR,

MARTIRIO Y ABNEGACION,

DRAMA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

BENITO M. DEL PRADO.

MADRID. 6
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

AMOR, MARTIRIO Y ABNEGACION,

DRAMA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

BENITO M. DEL PRADO.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

PERSONAS.

EDUARDO.
JULIA, hermana de este.
MATILDE.
DAMIAN.
DON GUILLERMO.

La escena en Madrid: época actual.

AL SR. D. ANTONIO GRANADO DE ESPINOSA.

Hace algun tiempo, y cuando por vez primera tuve el honor de conocer á V., se despertaron en mi alma dos sentimientos; el uno de respeto, y el otro de profunda simpatía.

Más tarde, y cuando ya honrado por su trato familiar, pude apreciar la consideracion con que me distinguía, renació otro más sincero, que fué el de la gratitud. Necesitaba por tanto dar á V. débil prueba siquiera de que aquellos y éste eran nacidos al espontáneo grito de mi corazon. ¿Cómo verificarlo?

Al trazar con mi humilde pluma los toscos renglones de esta pobre produccion, poner al frente de ella, y en primer término, el nombre honrado de V.

Si mi pobre acuerdo merece por tanto que V. admita benévolo esta dedicatoria, acójala con el propio interés que se la ofrece

El Autor.

ACTO PRIMERO.

Decoracion cerrada. Puertas laterales y en el foro; á la derecha un balcon: muebles decentes pero sin lujo; alfombra; dos veladores; en el de la derecha, libros, periódicos, etc, en el de la izquierda un tamborcito con bordado, necesaire, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO, con un libro en la mano, está sentado junto al velador de la derecha. JULIA, bordando junto á la chimenea.

EDUAR. ¡Oh... no vendrá, estoy seguro!...
¡La impaciencia me devora!...
JULIA. Matilde salió hace poco
y alguna causa imperiosa
la obligará á detenerse
fuera de casa á estas horas.
No debe tardar.
EDUAR. Bien... Basta!
Si tarda ó no... qué te importa?
JULIA. Yo, Eduardo, lo decía...
porque como á mí me consta...
EDUAR. He dicho que basta, Julia!
JULIA. Hoy le ha picado la mosca. (Pausa.)
Si permite tu disgusto
que pueda hablar de otra cosa,
te haré una pregunta.

EDUAR. Pláceme
si no es tocante á mi esposa.
JULIA. ¿Es cierto lo que me ha dicho
tu compañero Mendoza?
EDUAR. ¿Qué te ha contado ese imbécil?
JULIA. Que el motivo que ocasiona
(Con cierto temor.)
tu reciente cesantía,
obedece á cierta nota
de empleado que por el juego
su obligacion abandona.
EDUAR. Dí á Julian que en sus asuntos
se mezcle si le acomoda,
pero que tenga cuidado
al tratarse de mi honra,
porque á su ultraje podría
contestarle... una pistola.
JULIA. ¿Conque es verdad?... ¡Bien, Eduard
EDUAR. Tambien tú? (Levantándose.)
JULIA. Si te incomoda,
que la adversidad lamente
que á padecer nos arroja...
EDUAR. Lo que quiero es que se acaben
escenas tan enojosas
que el espíritu molestan
y nuevos males provocan.
La situacion de mi casa
de dia en dia empeora
y ha tiempo que en su horizonte
brilla una luz misteriosa.
JULIA. ¿Qué quieres decir?
EDUAR. Que acaso
soy del mundo escarnio y mofa
y... que estas dudas me ofenden
y... la existencia me estorba.
JULIA. Explícate.
EDUAR. No es preciso.
JULIA. Sí lo es.
EDUAR. Pues no me acomoda.
JULIA. Es que envuelven tus palabras
injurias acusadoras,
y aquí... no hay nadie, Eduardo,

que á tu censura se exponga
EDUAR. Basta, Julia; si te callas
podrás salir gananciosa,
pues de otro modo...
JULIA. (Levantándose.) Eduardo!
tu amenaza me abochorna
y es un alarde por cierto
que me irrita aunque me asombra.
(¡Ah... Matilde!)
MAT. (¿Aquí Eduardo?)
EDUAR. (¡Y aún mi corazon la adora!)

ESCENA II.

EDUARDO, MATILDE y JULIA.

EDUAR. ¿Segun parece has salido
mientras yo no estaba en casa?
MAT. Es verdad salí... tenía...
JULIA. Tenía que hacer. (Rápidamente.)
EDUAR. ¡No hablaba
contigo! ¿De dónde vienes?
MAT. Yo te diré... vengo...
EDUAR. Acaba.
JULIA. De llevar nuestros bordados
á la tienda.
EDUAR. Es cosa rara!...
pregunto á Matilde, y Julia
por responderme se afana.
MAT. Yo te explicaré, Eduardo...
EDUAR. Será tarea excusada.
No hay nada que justifique
esa reticencia extraña.
MAT. Ya sabes que una ó dos veces
llevo todas las semanas
á Madame Pombliers el fruto
de mis constantes veladas.
Pues bien, con ese motivo
he salido esta mañana
para entregar las labores
cuyo importe hace gran falta,
por ser nuestro único medio

de subsistencia. La causa
de hallarme fuera á estas horas
con eso dejo explicada.

EDUAR. ¿Y para ello solamente
empleas dos horas largas?

JULIA. Cuando hay que esperar...

EDUAR. Silencio!..
Ya te he dicho que no hablaba
contigo.

MAT. Si había otras
que el mismo objeto llevaban
y estaban ántes que yo!

EDUAR. ¿Por eso estás agitada?

MAT. Como la calle del Cármen
está á bastante distancia...

EDUAR. Es cierto... ¿Por eso vienes
cubierta de polvo?...

JULIA. (Como encontrando un recurso para disculpar á Matilde.)
Gracias
al municipio, no cesan
los derribos de las casas
en el centro de Madrid.
¡Son tantas las obras... tantas!...

EDUAR. Muy bien!... Por demas comprendo
que mis esfuerzos no alcanzan
á descubrir el misterio
que envuelven vuestras palabras.
Cuando se hallan dos mujeres
contra un marido asociadas,
no es fácil que éste adivine
lo que ellas astutas callan.

MAT. Tienes razon. El cariño
de Julia, mi buena hermana,
se asocia á aliviar las penas
con que mi pecho batalla.
Sus amorosos consuelos
vienen á endulzar las lágrimas
que sin poder evitarlo
tristes mis ojos derraman.
Una asociacion perpétua
tenemos las dos formada,

á fin de ganar recursos
que para vivir nos faltan,
Trabajando sin descanso
al resplandor de la lámpara
ganamos honradamente
el pan de nuestra desgracia.
La pobre Julia de dia
sigue la obra comenzada,
y yo... Eduardo... tu esposa...
sufriendo su suerte infausta,
sin tener de ello costumbre
se convierte en la criada!..
¡Qué más!... Qué mas hacer pueden
una esposa y una hermana
que sacrificarse juntas
para sostener la casa?...
Si nuestra desdicha es poca
y sabes cómo aumentarla,
dilo, Eduardo, que á todo
nos hallamos resignadas.

EDUAR. Ya que esta vida os abruma
podeis por otra trocarla,
pero permitir no quiero
que mi mujer me eche en cara..

JULIA. (Interrumpiéndole.) Si los deberes de esposo
cumplidamente llenaras,
ni quejas escucharías
ni habría por qué contarlas.

EDUAR. Por vida de...

MAT. Calla, Julia!...

JULIA. No quiero callar.

MAT. Hermana...

JULIA. Qué más haría un extraño
que tratarnos como esclavas?...

EDUAR. Advierte que estoy sufriendo
lo que sufrir no pensaba,
y que tendreis un disgusto
si mis enojos estallan.

JULIA. Eso, Eduardo, es muy digno
de tí. Con tus amenazas
pretendes á cada instante
ponernos una mordaza.

MAT. Por piedad, hermana mia!
JULIA. No, déjame.,. sufre y calla
tú, que de ser su esposa
tienes al fin la desgracia.
MAT. Pero... puede que Eduardo...
JULIA. ¿Eduardo? Disculpa vana,
si fuera yo su mujer
bien sé lo que haría.
EDUAR. Basta!
Halagador espectáculo
se representa en mi casa,
y excelente consejera
tiene Matilde en mi hermana!...
Yo terminaré muy pronto
de estos efectos la causa,
haciendo cambiar de aspecto
nuestra conyugal morada.
MAT. Escucha, Eduardo...
EDUAR. Déjame.
MAT. Pero dí...
EDUAR. Ni una palabra. (Váse.)

ESCENA III.

MATILDE y JULIA.

MAT. ¿Qué has hecho, Julia? ¿no piensas
que de este modo acibaras
aun mucho más los tormentos
que el infortunio me guarda?
JULIA. No digas eso, Matilde,
que mi corazon traspasas.
MAT. Yo bien sé que participas
de mi suerte...
JULIA. ¡Calla... Calla!
MAT. Yo no quiero que padezcas.
Tu ser, cuya vida esmaltan
del proceloso océano
las rugidoras oleadas,
debe aspirar el ambiente
que los pensiles exhalan.
Trueca, Julia, la existencia

que á tu juventud agravia
por otra más lisonjera
de bullidoras fantasmas.
Tan solo tristeza y llanto
se respira en estas salas,
y es bueno que yo recoja
de los mártires la palma.
De mi existencia el calvario
regando iré con mis lágrimas,
sin que empañar pueda mi hálito
el brillo de tus miradas.
Yo no quiero, Julia mia,
que la conducta insensata
de mi esposo, nuevos males
pueda ocasionar mañana.
Yo no quiero por más tiempo
que padezcas por mi causa.
Tú mereces ser dichosa...
y tú debes serlo, hermana!

JULIA. Yo estoy contenta á tu lado
y en ello tus penas ganan.
Ademas que es necesario
poner á esas penas tasa,
y yo seguiré cual siempre
procurando mitigarlas.

MAT. Eres muy buena!

JULIA. No tanto
como quisiera. ¡Qué rápidas
cuando me encuentro á tu lado
las horas del dia pasan!
Ponte contenta, Matilde!
¡Fuera el pesar!

MAT. ¡Ay, hermana!
con gusto soportaría
de mi adversidad la saña,
si ese rebelde carácter
de mi marido...

JULIA. ¡No acabas
nunca de pensar en ello!

MAT. ¡Cómo no, Julia, si abarca
tanta fiebre el pensamiento
como la que abarca el alma?

JULIA. ¡Qué diferencia, hija mia,
de cuando os casásteis! Vaya
si tú pudiste haber hecho
mejor enlace!

MAT. Bastaba
que Eduardo en aquel tiempo
con su amor mi amor pagara.

JULIA. Es verdad, mas la fortuna
del baron de Casa-blanca
te daba clase.

MAT. Y ¿qué importa
si el baron no me agradaba?
Jamás he sido ambiciosa
ni he pretendido ser nada:
no he soñado en pergaminos
ni en bailes, soirées... ni farsas.
No he pensado más placeres
ni he pretendido más galas
que las que puede adquirirse
la mujer buena y honrada.
Eduardo... amor me ofrecía;
el baron... oro en sus arcas;
yo desprecié las riquezas
prefiriendo al que me amaba.

JULIA. Es que entónces era un jóven
de reputacion sin tacha.
Tu buen tio don Guillermo,
que no se anda por las ramas,
acudió al ministro, y pudo
colocarlo en estancadas.

MAT. ¡Pobre señor!

JULIA. Muchas veces
me ha despertado la gana
de escribirle y de contarle
la mala vida que pasas.

MAT. Guárdate de hacerlo, Julia.
Eso no es más que una ráfaga
que pasará muy en breve
porque tu hermano me ama.

JULIA. La prueba es que ha salido
sin decirte una palabra,
hoy que era precisamente...

MAT. ¿Qué quieres decir?... Acaba.
JULIA. Digo que hoy hace dos años
que os casásteis. Digo...
MAT. ¡Calla!...
pues es verdad.
JULIA. Disimulas
para disculparle. ¡Cuánta
diferencia de este año
al año pasado! Cándida,
la hija de la jardinera
que tiene su puesto en Santa
Cruz, trajo á casa un ramo
que Eduardo te mandaba.
MAT. Sí... me acuerdo bien.
JULIA. Y á poco
vino él muy contento á casa,
y despues de mil rodeos
te dió una sorpresa grata.
MAT. ¿Qué dices?
JULIA. ¿No la recuerdas?
trajo el collar de esmeraldas.
MAT. (¡Dios mio!)
JULIA. No es decir eso
que hoy tambien te regalára,
porque anda escaso el dinero;
pero el ramo... ó unas dalias...
ó cualquiera cosa. Tú lloras...
¡Lloras... y yo soy la causa!
Perdona mi ligereza...
Vamos... ¡si soy una ingrata!
MAT. No digas eso, tontuela!
Si no lloro.
JULIA. Pues vaya,
castígame con un beso.
MAT. Tómale, Julia.
JULIA. Mil gracias.
Ahora á seguir mi bordado
para entregarlo mañana.
MAT. Es complicado el dibujo.
JULIA. Y todo á realce. (Suena una companill
MAT. ¿Llaman?
(Va á sentarse á la derecha.)

JULIA. Será... Amadís... mi Abelardo.
MAT. ¿Cómo?
JULIA. El Chactas de esta Atala.

ESCENA IV.

DICHAS y DAMIAN, con un ramo.

DAMIAN. ¿Dan ustedes su permiso?
JULIA. ¡Hola!... Adelante, Mendoza.
DAMIAN. Entro en este paraiso,
porque la fortuna quiso
conducirme en su carroza.
JULIA. Galante está la mañana.
DAMIAN. No hay quien de osado me tilde.
JULIA. Salutacion tan... galana
se dirigirá... á mi hermana.
DAMIAN. Usted lo ha dicho; á Matilde.
Un amigo se acordó
que hoy cumple el año segundo
de su boda, y traigo yo
flores que á usted destino
con un respeto profundo.
MAT. Recuerdo que conmemora
la fortuna de mi enlace.
debe complacerme ahora.
DAMIAN. Sí señora,
á mí tambien me complace.
MAT. Mas con impaciencia aguardo,
puesto que no es un secreto,
(Julia se levanta y se acerca á Damian.)
el nombre de ese gallardo
sujeto.
DAMIAN. Pues fué...
JULIA. (Áp.) (Eduardo.)
DAMIAN. (Que no es Eduardo sujeto.)
JULIA. (Dígalo así.)
DAMIAM. (Es fuerte cosa
que mienta yo en esta casa
cuando el deseo me acosa.)
JULIA. (No hay más, su futura esposa
por otra cosa no pasa.)

MAT. Me causara gran placer,
y así de usted lo reclamo
que me haga pronto saber
la procedencia del ramo.

JULIA. (Hable, que Julia se empeña.)

DAMIAN. (Si miento, Damian se empaña.)

JULIA. (No mintiendo... se despeña.)

DAMIAN. (Para jugar á la greña
no tiene usted mala maña.)
Pues bien, no quiero pecar
de torpe, moroso ó tonto.
Sin intencion de faltar
me he atrevido á presentar
estas flores...

JULIA. De Eduardo. (Rápidamente.)

MAT. ¿De Eduardo?

JULIA. Sí.

DAMIAN. (¡Qué apuro!
de cólera estoy que bramo!)

JULIA. (Muy bien!...)

DAMIAN. Yo juro...
que este ramo... es... sólo... un ramo!...
(Al decir «eso solo» Julia le da un pellizco.)

MAT. Magnífico es en verdad!
(Tomando el ramo.)
Y yo, insensata, creía
que agotada su piedad,
sólo con dura crueldad
á mi amor... respondería!
¡Qué loca, qué loca fuí!
El gozo que siente el pecho
por su ardiente frenesí,
quiere en pedazos aquí
ver mi corazon deshecho!
(Pasa á ocupar el centro.)
Y tú, hermana, que há un momento
su conducta censurabas
penosa de mi tormento,
mira mi doble contento
y ve cuán mal le juzgabas!
Nuestra pena es transitoria:
y piensa que á más de ser

su escasez harto notoria,
manda hoy Eduardo en memoria
un regalo á su mujer.
Su malestar... su disgusto,
serán tal vez, no te asombre,
debilidades del hombre
que no puede, como es justo,
dar otro brillo á su nombre.
Pero hace mal: yo no aspiro
á otra seda ni á otro armiño
en mi modesto retiro,
que al de escuchar un suspiro
de su latente cariño.
La antorcha de luz divina
que del Señor toma esencia
al bien por fin me encamina.
Yo su llama peregrina
recogeré como herencia,
pues ya no hay dicha mayor
ni existe mayor ventura,
que haber recobrado en flor
de un muerto y perdido amor
la inexplicable dulzura.
Llanto vierto de alegría
pensando en tantos favores
como el destino me envía!...
Adios... Damian! Julia mia,
voy á cuidar de estas flores.
(Váse por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA V.

JULIA y DAMIAN, despues de una pausa.

DAMIAN. Variando un poco la fórmula
que se practica en su cátedra,
deseo hacer el análisis
de lo que pasando está.
Pues siempre usando la sátira
de su lenguaje hiperbólico,
quiere que mienta sin límite
yendo de aquí para allá.

JULIA. Pero...
DAMIAN. No quiero ser cómplice
de esos sus labios pulquérrimos,
que engañan con sus opúsculos
de Matilde el corazon.
JULIA. Es usted un Sardanápalo.
DAMIAN. ¡Julia!
JULIA. Y un mándria, y un cócora!
DAMIAN. Como la chupa de un dómine
me pone usted sin razon.
JULIA. Es usted... muy pusilánime!
DAMIAN. No quiero abrirle una fístula.
JULIA. No le pondré yo mal cáustico
si me descubre. Yo haré...
DAMIAN. ¡Julia!
JULIA. Pues si eso es ahora de célibe,
¿qué será usted en casándose?
DAMIAN. Seré un cordero mansísimo
que en nada me meteré.
JULIA. Hablará usted en metáfora (Casi ofendida.)
sin que esto sea un epígrama.
(Intencion picante en los esdrújulos que lo exijan.)
DAMIAN. Mi lenguaje es hipotético.
JULIA. Pues no me agrada: es atroz.
DAMIAN. Buscaré frases más gráficas.
JULIA. Sin aparecer selvático.
DAMIAN. Pues haré punto mayúsculo. (Resuelto.)
JULIA. Será la segunda coz.
DAMIAN. Por la piadosa Verónica.
JULIA. ¡Vaya un futuro... pacífico!
DAMIAN. Pues si llego á ser... pretérito,
le agradará mi bondad.
JULIA. Bonito ejemplo daríamos
si hubiera que usar el látigo!
el hombre... ha de ser... fosfórico!
DAMIAN. Pues yo lo soy.
JULIA. No es verdad,
usted no es mas que un mandrágoras.
DAMIAN. Doblemos este capítulo
y pasemos á otro párrafo
que interesa.
JULIA. Me es igual.

Pues mientras sea usté un bóbilis,
trémulo, tímido y rémora,
sólo me inspirará lástima.

DAMIAN. Pues me pondrá usté un dogal.

JULIA. ¿Un dogal? ¡Vaya una péndola
de oscilaciones ridículas!
Mejor sería el arsénico.

DAMIAN. Ó el rewólver...

JULIA. Ó el cañon!
Y si eso no basta, súbase
por las más altas esferas,
en un buen globo aereostático
y desde allí... cataplooóm!

DAMIAN. Es usté inhumana; máxime
cuando hasta inventa un patíbulo
que no conocen los códigos.

JULIA. Pues por eso le inventé.

DAMIAN. Dejemos lenguajes fúnebres
y hablemos de algo más válido.

JULIA. Pues no me taladre el tímpano
con propósitos de fé!

DAMIAN. No, que son noticias prósperas
acerca de nuestro intríngulis.

JULIA. Corriente, laconícelas
y vamos á su interés.

DAMIAN. Ayer recibí una epístola
de mi tia doña Márgara,
que vive en su quinta próxima
al viejo Calatayud,
donde en union de su fámula
se ocupa en regar los fréjolis,
conservando así magnífica
su quebrantada salud.

JULIA. Bueno... y ¿qué dice... el autógrafo?

DAMIAN. Como yo en carta extensísima
la pedía el beneplácito
para casar con usted,
se hace cargo de mis súplicas;
dice que á su muerte herédola;
me manda un pavo gordísimo
y me otorga la merced.

ULIA. Pero... ¿de qué está usté hablándome?

DAMIAN. Del matrimonial artículo.
¿No me dijo usted...
JULIA. ¡Qué cándido!
DAMIAN. ¿No me dijo usted...
JULIA. Sí tal;
pero fué sólo una... ráfaga
que se perdió en el crepúsculo,
al aparecer espléndido
en su carro matinal.
DAMIAN. Pero usté destroza pérfida
mis ilusiones bellísimas!...
Usted mata por telégrafo
mi volcánica pasion!
JULIA. Y usted cual nuevo Eliogábalo,
aunque de distinto género,
recibe un pavo de Márgara
para ultimar la cuestion.
DAMIAN. Julia, no agite la válvula
de mi inteligencia crédula!
JULIA. ¿Es usted alguna... máquina?
DAMIAN. No señora... un maniquí!
pero si sigue la atmósfera
que en esta casa respírase,
seré muy pronto un Calígula...
ó un Tiberio...
JULIA. Ó un jabalí!
DAMIAN. Créalo usted.
JULIA. Soy incrédula
de las masculinas pláticas.
DAMIAN. Julia!
JULIA. ¡Si dicen la antítesis
de lo que sintiendo están!
Son los hombres muy lunáticos!
DAMIAN. Y ustedes traidoras víboras
que nos dan píldoras pésimas
de arsénico y de alquitran.
JULIA. Mire usted las que su cólega
don Eduardo da á su víctima!
esas son de ácido prúsico!
¡Libertino!
DAMIAN. Es que tal vez
alguna pena recóndita,

de su juventud apéndice...

JULIA. Él tuvo...

DAMIAN. Amores ilícitos.

JULIA. Eso será una sandez.

DAMIAN. No, Julia, que ántes del vínculo
visitaba cierta prójima.
Y aun se decía de público
si Eduardo... qué sé yo!...
El caso es, que á poco el pérfido
inventó un pretexto frívolo,
y en la miseria dejándola
con Matilde se casó.

JULIA. Bueno; don Damian, compláczcame
y vaya al café del Príncipe.
Allí va Eduardo, búsquelo
y haga porque venga aquí.

DAMIAN. Y... ¿me dará usted... la... cédula
que al casar piden los... párrocos?...
Dígamelo... y seré un águila
para volar.

JULIA. Tal vez sí.

DAMIAN. ¡Oh fortuna!

JULIA. Corra y vuélvase
si no le encuentra por último.
Dará usté otro paso.

DAMIAN. ¡Cáscaras!
Y ese paso.

JULIA. Eche á correr!
Vaya en busca de ese exótico
verdugo que tiene el vértigo.

DAMIAN. Ni el paso de las Thermópilas
tendrá con esto que ver.
Al truquiflor ó á la báciga
jugamos segun las réplicas.

JULIA. Aunque parezca ridícula
quiero intentar un albur.

DAMIAN. Yo juego...

JULIA. La dicha.

DAMIAN. Cáspita!
pues quiero. (Gozoso.)

JULIA. (Presentándole la mano.) Tema la pérdida.

DAMIAN. Yo envido. (Tomándola.)

JULIA. Pues...
DAMIAN. (Besándola.) Truco... y órdago.
JULIA. Usted ganó.
DAMIAN. (Saliendo por el foro precipitadamente.)
Pues abur.

ESCENA VI.

JULIA, sola.

¡Qué bueno... qué complaciente!
de júbilo el pobre salta.
Pero le adorna la falta
de ser un poco inocente.
Cual tímida mariposa
detuvo el vuelo fugaz,
perdiendo la dulce paz
en manos de quien le acosa.
Y á mí me halaga ese amor
que tan rendido me ofrece,
pues cuanto más dura... crece
con nuevo y latente ardor.
¡Pobre Damian!... Si has pensado
que porque te hago rabiar
quiero tu ilusion matar,
el corazon te ha engañado.
Te quiero... y te quiero bien
como á la luz quiere el dia;
pero... me dió la manía
de tratarte con desden.
Ya se sabe que en el mundo
quien más pone... pierde más.
Si en pos de cariño vas...
yo te daré amor profundo.
Pero te quiero hacer ver
que el tuyo no me interesa,
porque así... es mejor la presa
y es más constante el querer.

ESCENA VII.

JULIA y MATILDE, por la segunda puerta izquierda.

MAT. Queda colocado el ramo
en un jarro de cristal.
Ya verás, Julia, que hermoso
con el agua se pondrá.
Son flores muy delicadas!
no me canso de pensar
en que al fin se restablece
mi ansiada felicidad.
¿Y Damian?

JULIA. (Algo turbada.) Ahora ha salido;
pero pronto volverá.
Se marchó sin despedirse
de su costumbre á pesar,
porque fué á ver si encontraba
á tu esposo. Y en verdad
que tu presencia, Matilde,
estaría aquí de más
si acertara á presentarse.

MAT. La ocurrencia es singular!
¿Pretendes acaso echarme?
¿Será un delito?...

JULIA. No tal.
Pero tengo, hermana mia,
cuentas pendientes que están
para ultimarse muy pronto
con Eduardo.

MAT. Y por azar,
serán secretas?

JULIA. Matilde...

MAT. Si no es así, por qué estás
conmigo tan exigente?
Callas?... ¿Serías capaz
de permitir que me fuese
cuando mi felicidad
es tanta que ya deseo
verle por la puerta entrar?

JULIA. (Y mi hermano que no sabe

nada del fingido plan
que me propuse!...)

MAT. Te turbas!
Qué pasa?... ¿Dime...

JULIA. (Quizá
si sigo callando sea
peor que la enfermedad
el remedio, y es preciso...)

MAT. Vamos, Julia, explicarás...

JULIA. Yo quisiera, pero...

MAT. Acaba.

JULIA. (No sé por dónde empezar.)

MAT. Alguna nueva desgracia
amenazándome está?

JULIA. No por cierto.

MAT. Pues explícate
de una vez, no calles más.

JULIA. (Algo turbada.) Doliéndome de las penas
que contínuamente estás
pasando, esta mañana
tuve la idea fatal
de engañarte, suponiendo
que Eduardo en su bondad,
te regalaba ese ramo
que á mí destinó Damian.

MAT. Adios risueña esperanza!
Mi dicha no existe ya!...

JULIA. Yo no supe lo que hacía.
Sólo pretendí alegrar
aunque por breves instantes
tu corazon nada más.

MAT. Qué has hecho, Julia, qué has hecho?
¿No comprendes que un puñal
de dos filos ahora clavas
en la herida que á brotar
vuelve otra vez en mi pecho?

JULIA. Mal haya mi necedad.
Pretendí hablar á mi hermano
aunque poco tarde ya,
para pedirle tu dicha
y el fin de tus penas.

MAT. Ay!

Eso es imposible! El mundo
me reserva nada más
que abrojos, tristeza y llanto.

JULIA. Calma tu angustioso afan.
¿Me perdonas?

MAT. Si he nacido
para padecer y amar,
¿cómo no he de perdonarte?
Te perdono, y... ¡Ojalá
que de mi infortunio el cielo
quiera borrar la señal!

ESCENA VIII.

MATILDE, JULIA, DAMIAN.

DAMIAN. Julia, vuelvo... (Aquí Matilde?)
Perdóneme usted, señora,
si algun tanto inconveniente
es mi presencia.

MAT. Mendoza
está en su casa, y en ella
puede entrar á todas horas.

DAMIAN. Mil gracias, pero...

MAT. ¿Qué pasa?

JULIA. ¿Vió usté á Eduardo?

DAMIAN. No es cosa
de Eduardo.

MAT. ¿Qué sucede?

DAMIAN. Traigo una nueva asombrosa.

JULIA. ¿Cuál es?

MAT. Esplíquese pronto.

DAMIAN. Desde la calle de Atocha
pasaba á la de Carretas
andando á paso de corza,
cuando ví una carretela
de esas de plaza, lujosa,
que iba á entrar á todo escape
á la Concepcion Jerónima.
De pronto el cochero pára
y un caballero se asoma
gritando: «¡aquí, picarillo;

«venga esa mano, Mendoza!»
Yo al punto estaba perplejo
creyendo que era una broma;
pero... cuál fué mi sorpresa
al ver aquella persona
que así se explicaba, era...
su tio Guillermo, el de Borja.

MAT. Mi tio!...

JULIA. Cielos!

DAMIAN. El mismo.

MAT. La Vírgen santa me acoja!

DAMIAN. Me hizo subir al carruaje
omitiendo ceremonias,
y me preguntó si usted
con Eduardo era dichosa.

MAT. ¿Y usted... qué dijo?

DAMIAN. ¿Qué dije?...
Doblé al momento la hoja,
pues era un gran compromiso
ocuparme de estas cosas.
Así marchando, llegamos,
y eso es lo que más importa,
hasta la Biblioteca
de San Isidro.

MAT. Me ahoga
la pena! Cuando aquí llegue
y vea la paz que mora
en este recinto...

JULIA. Es cierto.

DAMIAN. Dijo que un cuarto de hora
tardaría solamente,
pues que el deseo le acosa...
pronto estará aquí.

MAT. ¡Dios mio,
todo en mi contra se torna!
Mi tio Guillermo, que cree
verme feliz...

JULIA. No conozca
por el pronto en tu semblante
la pena que te destroza.

MAT. Las lágrimas que ahora vierto
no quieren callar, traidoras,

y revelarán la angustia
que mis sentidos embota.

JULIA. Pues es preciso...

DAMIAN. Recuerde
que es en extremo achacosa
la salud del tio, y puede
que si el caso se empeora...

JULIA. Despues... yo hablaré á Eduardo.

MAT. Á Eduardo en su ira loca
¿qué puede importarle el tio
si su mujer no le importa?

JULIA. Calla. Ha parado un carruaje.

DAMIAN. El suyo. (Yendo á la ventana.)

MAT. Vaya Mendoza
por favor á recibirle
en tanto que me reponga.

DAMIAN. Voy al punto. (Váse.)

ESCENA IX.

MATILDE, JULIA.

MAT. Y... ¿qué le digo
cuando mi inquietud conozca?

JULIA. Ya lo veremos: tú guarda
esas lágrimas preciosas,
que yo saldré del apuro
inventando cualquier cosa.

MAT. Dios te lo pague.

JULIA. Dios quiera
darme luz.

GUILL. (Dentro.) No me acomoda
que haya conmigo etiquetas.

DAMIAN. (Dentro.) Es mi deber.

GUILL. Pues sin fórmulas
quiero ver á mis sobrinos.

JULIA. La serenidad recobra,
que aquí está ya.

MAT. Yo me muero
si tu auxilio me abandona.

(D. Guillermo aparece en la puerta del foro, apoyado en el brazo de Damian.)

ESCENA X.

D. GUILLERMO, DAMIAN, MATILDE y JULIA.

DAMIAN. Entre usted.
GUILL. Damian, mil gracias.
¡Vaya un par de buenas mozas!
¡Matilde... un abrazo!... ¡Julia!
La alegría me remoza!...
JULIA. Señor... (Rapidez en el resto de la escena.)
MAT. ¡Ah, tio del alma!...
GUILL. ¿Y Eduardo? Esta no es hora
de oficina.
MAT. No está en casa.
JULIA. Salió hace poco á unas compras...
DAMIAN. (Cómo miente mi futura!...
para eso se pinta sola.)
JULIA. Vaya, Matilde, prepar a
para el tio alguna cosa...
GUILL. Sí, que hoy almorcé temprano
sólo un par de pollos.
DAMIAN. (¡¡Sopla!!)
JULIA. Pues al comedor pasemos
y allí el jamon... y el Borgoña...
MAT. (¡Dios mio!...)
GUILL. No, el Valdepeñas
es el que más me conforta.
JULIA. (Si llega á aceptar...)
GUILL. Pues vamos.
JULIA y MAT. Vamos.
DAMIAN. (Hoy aquí se arma la gorda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. GUILLERMO, sentado á la izquierda tomando café; MATILDE á su lado, DAMIAN á la derecha leyendo, JULIA de pie.

El diálogo entre Damian y Julia debe ser aparte hasta que los versos lo indiquen.

DAMIAN. Yo le contaría al tio
toda la verdad.
JULIA. Yo no.
Sería darle un disgusto
y empeorar la situacion.
DAMIAN. Pero... qué alcanza con eso?
Engañar una hora ó dos
al tio, para que luégo
venga aquí de sopeton
el tigre, y se sepa todo.
JULIA. Su impertinencia es atroz.
Cállese ya.
DAMIAN. Pero Julia,
insiste usted.
JULIA. Sí señor.

Yo empecé el plan, y á seguir
con mi fé resuelta estoy.

DAMIAN. Pues á pesar del talento
que tiene usted tan precoz,
será cuando el trueno estalle
inevitable el turbion.

JULIA. Eduardo tendrá presente...

DAMIAN. Nada. (Secamente.)

JULIA. Todo! (Id.)

DAMIAN. Se acabó!
Usted gana.

JULIA. Y usted pierde.

DAMIAN. (Por vida de Sabaot
que su empeño tiene cuatro
sostenidos y un bemol!...)

GUILL. Muy buen café: moka puro,
se conoce.

JULIA. Es del mejor.
Aquí no gastamos otro.

GUILL. Y haceis bien. En Aragon
tomamos caracolillo
con unas gotas de rom.
Ya se ve, no hay en los pueblos
muchas gentes *comm'il faut*
que en el paladar conozcan
si es Habana... ó... Malakó.

JULIA. (Algo de Habana, buen tio,
tiene el que tomas, pues son
casí todo... habas... tostadas.)

GUILL. Mi inteligencia es atroz
para frutos coloniales.

JULIA. Se conoce... Sí señor. (Con intencion.)

GUILL. Allá en Borja tengo siempre
una tareita ó dos
de exquisitos chocolates,
buen café, y á discrecion...
té perla, Pekin, té negro
y azúcares de pilon.
Pero confieso, hijas mias,
que este café es superior
al que yo tomo en mi casa.
Mas dejando esta cuestion

hábláme de tí, Matilde,
de Eduardo, de su amor,
de tus dichas.

MAT. Tio Guillermo...

GUILL. Tio Guillermo... no señor...
no ha de ser para tí sola
la grata satisfaccion.
Tengo derecho, hija mia,
á que los rayos del sol
vivifiquen las semillas
de un lazo que formé yo.
Conque... no valen excusas
y deja á un lado el rubor.

MAT. Pues bien, tio, usted pregunta...

GUILL. Si eres feliz.

JULIA. Sí lo soy.

GUILL. Si vuestra fortuna es próspera.

MAT. Tenemos gracias á Dios
lo suficiente en la casa.

GUILL. Está muy puesto en razon.
Jamás, Matilde, otra cosa
consentir pudiera yo,
y harías mal si no hablases
con franqueza. ¿Y el señor
don Damian... no dice nada?

DAMIAN. Ya lo ve usted, no señor.

JULIA. Al buen callar llaman Sancho,
dice el refran español.

GUILL. Pues qué... ¿tenemos moritos
en la costa?...

DAMIAN. Moros... no!
pero la veleta... anuncia...
viento de... levante.

GUILL. ¡Oh!
mientras no anuncie chubascos
no hay riesgo.

JULIA. Pero hay temor
de que las nubes... avancen
y haya una ventisca atroz.

GUILL. Lo dices de una manera
que álgo significa.

DAMIAN. (Adios!...

Ya empieza á desmoronarse
la torre que fabricó.)

GUILL. ¿Pretende Damian acaso
hacer marchar un reló
sin darle cuerda?... (Riendo.)

DAMIAN. (¡Esta es buena!
á que lo pago ahora yo?)

JULIA. Puerilidades tan solo...

GUILL. Pues á convencerte voy...

JULIA. No señor, pero Mendoza
defiende con gran calor
la bondad del matrimonio
civil.

DAMIAN. Yo?...

JULIA. (Silencio.)

DAMIAN. (Plooom!!!...
el espectáculo empieza
con disparos de cañon.)

GUILL. Todo lo moderno place
y el mundo va de ello en pos.
Esa forma es más barata,
más breve y aun es mejor
que la otra. Doy mi voto
si se pone á discusion.
Pero, dime, buena pieza,
¿á qué altura te hallas hoy
de ascensos?... Ya serás jefe
de negociado.

DAMIAN. ¿Yo?... No,
siempre oficial de estancadas
sin alcanzar más favor.

GUILL. Pues en España, hijo mio,
anda muy listo el turron.

DAMIAN. Pero es preciso comerlo
como no lo sé hacer yo.

GUILL. Pero ¿y Eduardo?...

MAT. (¡Dios mio!)

GUILL. Ya tarda mucho.

JULIA. Á las dos
tenía cita en la Bolsa
para cieta operacion.

GUILL. Antes dijistes que á compras.

JULIA. Pues... á compras, sí señor.
DAMIAN. (Julia mia... que te embrollas.)
GUILL. Por la Vírgen de la O,
que algo extrañas me parecen
sus operaciones.
JULIA. Hoy...
compra papel del Estado.
GUILL. Ya, negocia. Es jugador
de los buenos.
DAMIAN. (De los malos,
de los de pego en monton.)
GUILL. Aun así me extraña mucho...
JULIA. Como en la bolsa subió
el papel rápidamente
puede que negocie.
MAT. (¡Oh!
sufrir no puedo la pena
que siente mi corazon.)
GUILL. Pero... estás triste, Matilde,
¿qué tienes?
MAT. Nada, señor.
GUILL. En fin, ya es larga la espera
y á ver á Eduardo voy
á la Bolsa. (Levantándose.)
MAT. Tio Guillermo...
no nos prive usted, por Dios,
tan pronto de su estimada
y amena conversacion.
Ya vendrá. Señor Mendoza,
quiere usted hacerme el favor
de ir en busca de mi esposo?
DAMIAN. Por usted, ¿qué no haré yo?
Voy al punto.
JULIA. (Vuelva pronto.)
DAMIAN. (¿Qué?...)
JULIA. (Que vuelva.)
DAMIAN. (Mas...)
JULIA. (Chito n!)
GUILL. Á la Bolsa.
MAT. Adios, Mendoza.
(Suplíquele por favor
que sea prudente.)

DAMIAN. (Basta,
descuide usted.)
GUILL. Pues...
DAMIAN. Adios!
(Mi paciencia sobrepuja
á la paciencia de Job.)

ESCENA II.

DICHOS ménos DAMIAN.

GUILL. (Me parece que algo extraño
acontece en esta casa.
Yo he de averiguarlo.) ¿Sabes
qué tiene Damian, muchacha?
¿Le habrá tal vez contrariado
ir á la Bolsa?...
JULIA. Se engaña
usted, señor don Guillermo.
GUILL. ¿Yo?...
JULIA. Damian no tiene nada.
GUILL. Me figuré que al marcharse
no le hacía mucha gracia
ir en busca de Eduardo,
y casi lo siento.
MAT. Vaya,
tio, es usted caviloso
como nadie.
GUILL. Cuenta clara,
quien piensa mal mucho acierta;
y á mí en verdad no me extraña...
MAT. Yo diré á usted, mi marido,
tal vez por las circunstancias,
ha sufrido un cambio.
GUILL. Qué dices?...
MAT. Sí, tio.
JULIA. (Hermana...)
MAT. Ya sin ir á la oficina
los dias enteros pasa.
Sus jefes son exigentes...
y esa es sin duda la causa.
Últimamente ha pedido

una licencia sin paga
por un mes.

GUILL. Muy bien ha hecho:
nos viene que ni pintadas.
Así estaré con vosotros
todo el dia. Tengo casas
donde pudiera haber ido,
pero he dicho: nada, nada,
pasaré en la de Matilde.

MAT. Yo le agradezco en el alma...

GUILL. Tu padre no vió la cuna
dó se mecieron tus gracias,
ni contempló las sonrisas
inocentes de tu alma.
Y tu madre al despedirse
de esta vida tributaria,
me encargó solemnemente
que tu orfandad amparara.
Ya no tuviste otro apoyo
en tu juventud temprana
que mi amor y mis desvelos
para consolar tus ánsias.
Yo te casé con Eduardo
porque vi que te agradaba
más que el baron: de manera
que la vida sosegada
vino á reemplazar la activa
con que el baron te brindara.

MAT. Es verdad; yo dí la mano
á quien en perpétua calma
un porvenir me ofrecía
de venturosa esperanza.
Y tanto es así... que á veces
derramo abundantes lágrimas...

JULIA. De placer. (Rápidamente.)

GUILL. Cómo?

JULIA. Sí.

MAT. Cierto,
los recuerdos de la infancia.

EDUAR. (Dentro.) Está bien, si es que me buscan
me han de encontrar.

MAT. (Á Julia.) (Él es...)

JULIA. (Calla.)

ESCENA III.

MATILDE, JULIA, D. GUILLERMO y EDUARDO.

EDUAR. Cobardes! Dudar de mí
cuando á todo estoy dispuesto!
MAT. (Por Dios, Eduardo...)
EDUAR. (Qué es esto?...)
MAT. (Que nuestro tio está aquí.)
EDUAR. Hola!... bien venido, tio.
GUILL. Dame un abrazo, ¿qué tal?
EDUAR. Mal, don Guillermo, muy mal.
JULIA. (Nos pierde su desvarío...)
MAT. (Modérate de él delante,
no sospeche lo que pasa.)
EDUAR. (Calle usted!)
GUILL. En esta casa
todos teneis mal talante.
Vengo lleno de alegría
para abrazaros gozoso,
y halla mi afecto amoroso
una recepcion muy fria.
Vuelvo á ver si el dulce lazo
que os unió brilla esplendente,
y te encuentro inconveniente,
y hasta me niegas tu abrazo.
Jamás hubiera creido
que el mal humor que te abruma
hiciera saltar la espuma
de un pecho nunca ofendido.
¡Por vida de Belcebú
que he de saber el motivo!
Ya que yo no lo concibo
vas á explicármelo tú!
EDUAR. Voy á explicarme... sí á fe.
MAT. (No, Eduardo, no lo digas!)
Efecto de las intrigas
en gran peligro se ve.
Cual si no fuera bastante
que el trabajo lo eternice,

en la direccion se dice
que lo dejarán cesante.

JULIA. (Si yo fuese su mujer
el pastel descubriría.)

MAT. Teme que nos llegue el dia
que falte para comer.

GUILL. Y tan sólo esa tontuna
te disgusta de esta suerte?...
¡Si yo puedo reponerte
catorce veces, no una!
Ea, alienta el corazon
y á esos reveses firmeza:
no bajarás la cabeza
con tamaña humillacion.
Si hoy firman, para tu mal,
tu cesantía ó descenso,
yo te daré de un ascenso
mañana la credencial.
Pero á decirte verdad,
y hablándote la conciencia,
tu pretendida licencia
la juzgo temeridad.

EDUAR. ¿Cómo licencia?

GUILL. Sí á fe,
la que tú has solicitado...

MAT. Porque como has trabajado
tanto de noche. (Con rapidez.)

JULIA. (Y de pie.)

EDUAR. (Qué farsa es esa?)

MAT. (Gran Dios!
palidece su semblante!...)

EDUAR. De dura roca y diamante
tienen el pecho las dos!)
Hoy el deseo me acosa
de explicar...

GUILL. Tarea vana;
ya hablarás de eso mañana;
hoy... hablaremos de otra cosa.
Casi me alegra y no en balde
de tu sospecha el rumor;
pues como dice un autor,
á buen rey mejor alcalde.

Puedes perder el destino
que mereces conservar;
que la suerte ó el azar
te abrirá mejor camino.
Que si en el mundo es de ley
juzgar ageno delito,
tambien otro autor ha escrito
que es mejor Alcalde el Rey.
Una pandilla servil
sin comprender lo que vales
pretende tus diez mil reales,
pues bien, tendrás veinte mil.
Y te harán un gran favor;
y los cubrirás de asombro:
yo para entónces te nombro
mi únino administrador.
Darán voces de coraje
y tragarán mucha quina,
al ver que de la oficina
pasas á tener carruaje.
Y al otro dia entre apuros
cabizbajos los verás,
mientras tú decir podrás,
¡rabiad... que tengo mil duros!
Que te quitan, te es igual;
nada importa su manejo:
cuando yo muera, te dejo
mi heredero universal.
Así no estarás en vilo
por esa gente del diablo,
si el ministeríal venablo
te llega á herir con su filo;
despréciallo con razon
sin que así te martirices
y venid á ser felices
á mi casa de Aragon.

EDUAR. No sé cómo agradecer
la proposicion que escucho.

GILL. Siempre os he querido mucho
y tengo en ello un deber.
Yo soy árbol que cayendo
camina al eterno ocaso,

y espero hallar á mi paso
los frutos que voy vertiendo.
Vosotros, céfiro blando
prestareis á mi existencia,
yo... os miraré en mi presencia
vuestros amores cantando.
Báculo del pobre anciano
sereis hasta que sucumba,
depositando en mi tumba
flores, despues vuestra mano.

MAT. Qué grata felicidad!
GUILL. Pues la obtendreis, yo os lo juro.
JULIA. (Ya tienen el pan seguro.)
EDUAR. Es demasiada bondad.
MAT. Julia, habrá que disponer
que la sopa...
JULIA. Es cargo mio.
MAT. ¿Sabes, Eduardo, que el tio
se quedará hoy á comer?...
EDUAR. Lo celebro.
GUILL. Hoy es un dia
de satisfaccion sin tasa
para mí.
MAT. Y en esta casa
reina perfecta alegría,
¿no es verdad, Eduardo?
EDUAR. Sí!...
(Es fuerza que esto se acabe.)
MAT. (Eduardo... que nada sabe!...
Por hoy... ten piedad de mí!!!)
JULIA. Conque nos vamos las dos
á disponer lo preciso...
GUILL. Id en paz.
MAT. Pues con permiso.
(Inspírale tú, buen Dios!)
(Vánse por la puerta izquierda.)

ESCENA IV.

D. GUILLERMO, EDUARDO.

GUILL. Pero Eduardo, ¿qué es esto

que tu mal humor despunta?

EDUAR. No comprendo la pregunta.

GUILL. La causa de tu mal gesto.
¿Es que la proposicion
que ántes te hice no te place?

EDUAR. Sí señor, me satisface
y halaga mi corazon.
Pero á decirle verdad
no es eso lo que me inquieta.

GUILL. Pues mi franqueza te reta
á que hables con claridad.
Que apenas puse aquí el pie
y se me dió un refrigerio,
comprendí que algun misterio
guardabais. Yo lo sabré!
Pues por Matilde y por tí,
y por el ser que me alienta,
que no he de sufrir la afrenta
de que se me engañe. Dí:
responde sin vacilar.
¿Qué pasa en vuestra morada?

EDUAR. Señor don Guillermo... nada.
¿Qué puede en ella pasar?
Mas no siempre el buen humor
es circunstancia precisa.

GUILL. Ya sé yo que una sonrisa
imprime á veces dolor.
Concluye.

EDUAR. Tengo un amigo
que es por demas infeliz.

GUILL. Sigue.

EDUAR. Cometió un desliz...

GUILL. Y se espansiona contigo.
Tu alma de maldad impropia
siente la desgracia agena.

EDUAR. Si señor, siento su pena
cual si sintiera la propia.

GUILL. Pues todo está ya arreglado:
ofrécele cuanto guste.

EDUAR. Gracias, señor.

GUILL. No te asustes
si le ofreces demasiado.

Siendo cosa tuya...
EDUAR. Lo es,
y no hace falta dinero.
Sólo que le sirva quiero
y tengo en ello interés.
GUILL. Pues bien, refiéreme el caso
y veré lo que hay que hacer,
que algun dato es menester
para no dar un mal paso.
EDUAR. Ese amigo conoció
á una jóven hechicera
que fué su pasion primera,
y con ella se casó.
Feliz vivía y dichoso
sonreido de venturas,
entre las brisas impuras
de su jardin ponzoñoso.
Hasta que la adversidad
demostró al pobre marido,
que engañado había sido
por la más fea maldad.
GUILL. Comprendo; la esposa infiel
sus deberes olvidando...
EDUAR. Fué poco á poco enlodando
las galas de su vergel.
GUILL. Y el marido la repudia!
EDUAR. Él la adora sin embargo.
Su dolor es harto amargo,
y el medio de huir estudia.
El infeliz sufre y llora
y maldice en conclusion
la malhadada pasion
que su existencia devora.
Hoy vino aquí á consultar
para en su empeño ayudarle,
si usted querría alcanzarle
un destino en Ultramar.
GUILL. Yo tocaré ese registro
con el director.
EDUAR. Muy bien.
GUILL. Y si es preciso, tambien
veré despues al ministro.

Cuando quieras puedes ir
á decirle que es corriente;
que puede inmediatamente
para la Habana partir.
Que mi influencia le coloca
del ministro en el favor,
y que estará por mi honor
servido á pedir de boca.
Dime quién es.

EDUAR. Por san Telmo!
No me pregunte su nombre;
bástele saber, que es hombre
muy honrado, don Guillermo.

GUILL. Tu juicio no está cabal,
y á desbarrar se limita.
¿No ves que se necesita
para dar la credencial?
Ya caigo!... Será German,
tu compañero de mesa.
Le habrás hecho la promesa
de interesarte en su afan...

EDUAR. Yo no he dicho...

GUILL. No; tú no...
pero yo me lo figuro;
y que es German aseguro
de esa cosa el Jericó!
Ya se ve... sin posicion
contraen obligaciones,
y despues... las privaciones
desgastan el eslabon
del matrimonial tributo;
siembran un mundo de enojos
que está creciendo entre abrojos
dando el divorcio por fruto.

EDUAR. Nada diga; estoy seguro
que sabrá guardar usté...

GUILL. No hay cuidado, callaré,
ya que es tan grande su apuro.
Y para marchar mejor
y adelantar más terreno,
ahora mismo será bueno
que vea yo al director.

EDUAR. Pero Matilde aquí viene.
Ocúltela usté el asunto.
GUILL. Necesito un coche al punto.
EDUAR. El disimulo conviene.

ESCENA V.

MATILDE. D. GUILLERMO, EDUARDO.

Julia atraviesa de izquierda á derecha.

MAT. Todavía tardaremos
un buen ratito en comer.
GUILL. Tanto mejor, de ese modo
el tiempo aprovecharé.
¿Será cosa de una hora?
MAT. Un poquito más.
GUILL. Pues bien,
saldré mientras tanto en coche.
Son... las cinco y media ó seis.
Á las siete ó siete y media
sin falta en casa estaré.
¿No te parece?
MAT. Conforme.
GUILL. Ea pues; á disponer
lo que interesa, Eduardo.
EDUAR. Voy á mi cuarto, y despues
por el coche. (No hay remedio.
El collar quiero vender;
prepararé mi equipaje
y mañana partiré.)
(Durante el aparte de Eduardo, D. Guillermo observa alternativamente á éste y á Matilde.)

ESCENA VI.

D. GUILLERMO, MATILDE.

GUILL. Desde que entré en vuestra casa
he podido comprender
que á Eduardo y su mujer
algo muy grave les pasa.

MAT. Yo le juro...
GUILL. Sin mentir.
MAT. Eduardo está preocupado...
GUILL. ¿Y quién motivo le ha dado?
MAT. No lo alcanzo á definir.
Él le ha dicho á usted...
GUILL. No tal.
MAT. Yo tampoco lo adivino.
Sólo sé que en mi camino
diviso un largo erial.
Erial que si es preciso
resignada cruzaré,
y por el cual llegaré
al umbral del paraiso.
Siempre he cumplido el deber
que el santo lazo me impuso,
y decirle á usted excuso
si buena he sabido ser.
Que aquí Eduardo batalla
con alguna pena ruda,
no deja lugar á duda
aunque la sufre y la calla.
GUILL. ¿No llegaste á concebir
si alguna pasada historia...
MAT. Sólo acude á la memoria...
GUILL. Habla.
MAT. Yo no sé mentir.
Me figuro...
GUILL. Un sólo instante
espera, que él viene aquí.
Despues seguiremos.
MAT. Sí,
nos queda tiempo bastante.

ESCENA VII.

DICHOS y EDUARDO, por la segunda puerta izquierda.

EDUAR. (¡Tambien... tambien el collar!
Ya de evitarlo no hay modo.
¡La infame lo gasta todo
de su vicio en el altar!

(Oh... yo juro que...)

GUILL. Eduardo,
que el tiempo pasa.

EDUAR. Lo sé.
Voy... y el coche mandaré.

GUILL. Con impaciencia lo aguardo.

MAT. (Del pecho el fuerte latido
me dice que pronto aquí
volverás. ¿No es cierto?...) (Ap. á Eduardo.)

EDUAR. Sí!...
(Yo sabré si lo ha vendido.)
(Váse por el foro.)

ESCENA VIII.

MATILDE, D. GUILLERMO.

GUILL. Ya puedes seguir, Matilde,
pues la ocasion nos convida.
Revélame la sospecha
que tu corazon lastima.
Y si de luz sólo un átomo
por casualidad me avisa
que hay en vuestro matrimonio
la más leve nubecilla,
á fe de Guillermo, aseguro
que sé lo que hacer precisa.

MAT. Eduardo sufre y padece
sin que la causa nos diga,
y he llegado á figurarme
que la idea le lastima
de no tener quien estreche
nuestros lazos de familia.

GUILL. Acabáras de una vez!
La ocurrencia es peregrina!
Á ver, explícame pronto
ese incomprensible enigma.

MAT. Sucede que algunas noches,
por su natural sombrías,
Eduardo suspira y llora
y sobre el lecho se agita.
Otras veces despertándose

paréceme que delira,
pues exclama: «un hijo!... un hijo!...
»Para qué quiero la vida?»
¡Cuántas veces, tio Guillermo,
entre amorosas caricias
le he preguntado el arcano
tenebroso de su vida!
Pero inútil... Su silencio
en la reserva se obstina
sin que la pobre Matilde
le merezca una sonrisa.

GUILL. Brava existencia!... Muy buena!
Inmejorable!... Magnífica!...

MAT. Tres meses hará lo ménos
que no pasa un sólo dia
sin que me origine lágrimas
su conducta repulsiva.

GUILL. Pues bueno, será prudente
que esa existencia mezquina
sin dilaciones se trueque
por otra algo más tranquila.

MAT. Como mi pecho le adora,
como mi vida es su vida,
he concebido un proyecto
que su deseo indemniza.
Si sólo á tener un hijo
sus ilusiones limita;
si á un ángel tierno é inocente
quiere prodigar caricias,
puede que adoptando un huérfano
la tranquilidad consiga,
y hoy mismo sin más tardanza
proponérselo quería.
Si ese es el fruto que anhela,
con ese mi amor le brinda.
Yo le cuidaré cual madre
que lo alimenta y abriga,
y así encontrará el reposo
encontrando yo la dicha.
De lo contrario... sus quejas,
las maldiciones contínuas
que de sus labios escapan,

por matarme acabarían,
y yo no quiero... no quiero
que Eduardo me maldiga!

GUILL. Ya basta; aquí muy en breve
volveré de una visita
que Eduardo considera
lo mismo que yo precisa.
Y á más tardar á la noche,
lo juro, esta noche misma,
de tu porvenir la suerte
debe quedar decidida.

ESCENA IX.

DICHOS y JULIA.

JULIA. Don Guillermo, el coche espera.

GUILL. Bien, Julia, voy en seguida.
Enjuga, Matilde, el llanto
y el espíritu reanima;
que ántes de poco tu tio
te devolverá la dicha.
Conque adios, y hasta las siete.

MAT. Está bien.

GUILL. ¡Pobre hija mia!

(D. Guillermo desaparece del foro acompañado de Julia.)

ESCENA X.

MATILDE sola.

Ya quedar sola anhelaba
y respirar un momento
sola con este tormento
desgarrador que me acaba.
Tan dura es mi situacion
que ya la fuerza me falta;
y un negro presagio asalta
á mi pobre corazon.
Vivo del mártir la vida
pudiendo ser venturosa,
sin que me muestre quejosa

por tanta pena sufrida.
Y el raudal de sentimiento
que se agota de hora en hora,
casi... ni lágrimas llora
al ver que las seca el viento.
¡Oh, tú... Señor de bondad
que moras en lo infinito;
si en mi destino has escrito
que ruja la tempestad,
mi resignacion ya ves...
y ves tambien los respetos
con que acato tus decretos
de mi infortunio á través!
El suave y divino ambiente
que tu recinto embalsama,
difúndelo en mí... y derrama
tu bondad omnipotente.
¡Lanza un rayo de tu luz
sobre esta pobre cuitada...
ó admítela en tu morada
para que acabe su cruz!...

ESCENA XI.

DICHA y JULIA, desde el foro.

JULIA. No te apures; puedes irte
muy descuidado y tranquilo,
que cuando vuelvas sabrás
por mi fe cuántas son cinco.
MAT. Á quién riñes, Julia?
JULIA. (De mal humor.) Á nadie.
MAT. Pero... ¿qué te ha sucedido?
JULIA. Muy poca cosa. (Bajando.)
MAT. Qué es ello?
JULIA. Que al subir el señorito
don Damian por la escalera
cuando la bajaba el tio,
le contó que no encontraba
á tu dichoso marido
ni en el café, ni en la Bolsa,
ni en el próximo garito

donde va á jugar de noche.
MAT. ¿Será verdad?... ¿Eso ha dicho?
JULIA. No lo dudes. Por fortuna
acudí pronto en su auxilio,
y pude sin gran trabajo
dar al asunto otro giro.
MAT. Dijiste...
JULIA. Que iba en efecto
con unos cuantos amigos
de la oficina, y jugaban
al ecarté ó al tresillo.
Pero el bribon replicándome
por poco crea un conflicto.
MAT. ¿Cómo?
JULIA. Porque cuando don Guillermo
bajaba ya decidido
para ocupar el carruaje,
ocurriósele al maldito
decirle que en la oficina
no tiene Eduardo amigos,
é iba á añadir ademas
que estaba cesante.
MAT. Dios mio!
JULIA. Pero yo sin darle tiempo
le asesté un fuerte pellizco,
con el cual de mil colores
habrá las estrellas visto,
porque se lo dí con fuerza,
con ganas y retorcido.
(En actitud de pellizcar.)
Fortuna que sus palabras
no pudo oirlas el tio,
porque fué bajando á tiempo
que Damian entre suspiros
y ayes de dolor, quedaba
absorto de tal aviso.
Despues de repuesto un poco
y algun tanto enfurecido,
quiso hablar, mas yo me opuse;
y atónito, macilento,
sin dar de valor indicios,
se fué á la calle diciéndome

«no volveré á dar motivo.»

MAT. Pobre Damian.

JULIA. Su inocencia
pudo poner en peligro
el plan que ántes comenzamos
dejando ignorar al tio...

MAT. Cierto, lo ignoraba todo,
pero algo sabe.

JULIA. Le has dicho...

MAT. Solamente que tu hermano
había un cambio sufrido
de tres meses á esta parte,
y qué...

EDUAR. (Dentro.) No te necesito.

MAT. Él es.

JULIA. Cual siempre rabiando.

MAT. Qué quieres, Julia! Es mi sino!

ESCENA XII.

LAS MISMAS y EDUARDO.

Eduardo trae en un bolsillo el estuche de un collar.

EDUAR. Déjanos. (Á Julia.)

JULIA. Tengo que hablarte

EDUAR. No puede ser.

JULIA. Un momento.

EDUAR. Vete, Julia.

JULIA. Yo lo siento,
pero...

EDUAR. No quiero escucharte.
Solo con Matilde aquí
necesito hablar.

JULIA. Eduardo...

EDUAR. Que me obedezcas aguardo
sin dilacion!

MAT. Vete, si.

JULIA. (Á Matilde.) (Algo malo va á pasar
segun lo airado que viene.)

MAT. (Dios dirá!)

EDUAR. ¿Qué te detiene?

ULIA. Vóime. (Pues yo he de escuhar.)

ESCENA XIII.

MATILDE, EDUARDO.

EDUAR. Matilde, vengo resuelto
á concluir este estado
en que nos ha colocado
la adversidad... y á eso he vuelto.
Quiero de una vez vencer
á la suerte que me acosa,
dejando mi honra... dudosa
donde fuere menester.
Ya no puedo prolongar
esa existencia maldita
que á todas horas me grita
y que es preciso acabar.
Por tanto seré concreto,
limitándome tan sólo
á que la infamia y el dolo
me descubran tu secreto.
Si en el silencio te obstinas
te demostrará el destino
que has de hallar en tu camino
las más agudas espinas.
(Matilde hace un movimiento.)
Nada más debo añadir:
eso... á tu silencio toca.
La confesion de tu boca
va tu suerte á decidir.

MAT. Absorta estoy de escucharte
sin que comprenda tu objeto,
pues no conozco el secreto
que yo pudiera ocultarte.
Tu lenguaje inconveniente
mi buen nombre no mancilla,
y hace crecer la semilla
de mi virtud esplendente.
Con harta resignacion
mi honra guarda la honra tuya,
sin que nadie me atribuya

más que tu infamia y baldon.
Há tres meses que sufriendo
estoy tu injusto rigor.

EDUAR. Y en ese tiempo tu amor
me está engañando... mintiendo.

MAT. Tres meses há que callando
hago el corazon pedazos.

EDUAR. Los mismos que á nuestros lazos
explicaciones demanda.
Pero su mudismo eterno
perturbó nuestra existencia,
y nos legó por herencia
la maldicion del infierno.
No de tu virtud blasones,
que harto culpable serás,
y ahora mismo á darme vas
cumplidas explicaciones.

MAT. ¿Explicaciones... de qué?
¿Qué explicacion dar se puede
á quien como tú procede
sin compasion y sin fe?
Á quien viéndome sufrir
un dia tras otro dia...
en pago de mi agonía
cuentas... se atreve á pedir?
Eduardo, en tu desvarío
te llegaste á olvidar
que yo no puedo faltar
ni faltaré al deber mio.
Que la que nace, cual yo,
para sufrir sin quejarse,
debe siempre respetarse...
pero atormentarla no.
Que la que en su pecho alienta
bálsamo consolador,
no merece en su dolor
que se la imprima una afrenta.
Si tú, en tu loco delirio,
te obcecaste de tal suerte,
era mejor darme muerte
que ese contínuo martirio.
Porque... cuando no hay ficcion;

cuando un motivo no existe;
cuando abandonada y triste
me dejas tan sin razon,
(Creciendo gradualmente.)
es injusto, es inhumano,
es... miserable! Pardiez!
que una... y otra... y otra vez
vengas á ser mi tirano.
Si alguna culpa hay en mí
será la de haberte amado;
será por haber guardado
ileso tu honor aquí. (Con exaltacion.)
¡Culpable!... El mundo quizás
podrá mirarme humillada;
podrá verme desdichada,
pero culpable... jamás!

EDUAR. Sé que es inútil mi empeño,
y lo comprendo á fe mia,
insistir en mi porfía
más que locura es un sueño.
¡Oh!... ¡Desdichada de tí
si juzgas que lo ignoraba!

MAT. ¿Qué quieres decir?... Acaba!

EDUAR. ¿Lo exiges?

MAT. Lo exijo, sí!...

EDUAR. ¿Me provocas?

MAT. No por cierto.

EDUAR. ¿Qué quieres?

MAT. Saber tus dudas.

EDUAR. Matilde!...

MAT. Son harto rudas
las heridas que has abierto.
¿Sospechas de mí?

EDUAR. Sospecho.

MAT. Mi honor...

EDUAR. Á engañarme aspira.

MAT. ¿Qué ves en mí?

EDUAR. La mentira.

MAT. ¿Y en tí?

EDUAR. Terrible despecho!

MAT. ¿Por qué, Eduardo, dudar?...

EDUAR. No dudo... La prueba he visto.

MAT. Pero... ¿qué es ello?
EDUAR. ¡Por Cristo!...
(Asiéndola una mano.)
Dime... ¿dónde está el collar?
MAT. ¡Cielos! (Visiblemente turbada.)
EDUAR. Te turbas!
MAT. Yo juro...
EDUAR. Sin jurar...
MAT. ¡Fiero destino!
No lo sé!
EDUAR. Yo lo adivino.
MAT. Mas...
EDUAR. ¡Miente tu labio impuro!
MAT. Eduardo, yo te diré...
EDUAR. Solo la verdad escucho!
MAT. ¡Es que á mí me cuesta mucho
decirte...
EDUAR. ¡Harto lo sé!
comprendo que la deshonra
no te causará placer;
comprendo que es menester
poner un velo á tu honra.
MAT. ¡Eduardo!
EDUAR. ¡Dicho está ya!
Si consideras ultraje
mi extraño y nuevo lenguaje,
la prueba contestará.
MAT. ¿La prueba?... Si hasta en las nubes
se refleja la honra mia!
EDUAR. Ántes engañar solía
á los celestes querubes.
Pero cuando divisaron
las manchas de su borron,
con su eterna maldicion
del espacio la arrojaron.
Los ángeles sus guirnaldas
no tejen para el delito!
MAT. ¿Qué dices?
EDUAR. Que estaba escrito.
¡Mira... el collar de esmeraldas!
MAT. Cielos!
EDUAR. ¡Esa hermosa joya

que mi amor te concedió,
yo la he rescatado... yo...
y ella tu crímen apoya!
Y ahora, Matilde... ¡ay de mí!
¿me negarás fementida,
que en el libro de tu vida
existe una mancha!

MAT. Sí!

EDUAR. El labio torpe deten!...
¿Podrás, negar, insensata,
que hay un delito que mata
mi felicidad?...

MAT. Tambien!

EDUAR. Probarás mi justo encono
si no aclaras tu disculpa!...

MAT. Como no conozco culpa
no tiemblo, mas... te perdono.

EDUAR. Lo vendiste?...

MAT. Sí á fe mía!

EDUAR. Y... ¿á dónde su precio está?...

MAT. Si lo dijera... quizá
mi tormento acabaría.

EDUAR. Habla.

MAT. Existe un juramento
que jamás quebrantaré.

EDUAR. Habla... Matilde!

MAT. Lo haré
si exhalo el último aliento.

EDUAR. Pues bien, Matilde, repara
que si en callarlo te obstinas,
del secreto las espinas
hoy arrojaré á tu cara.
Y para oprobio y baldon
del lustre de tu apellido,
publicará tu marido
las pruebas de una traicion.

MAT. ¿Qué dices?... Dios que nos mira
justificarme podrá!

EDUAR. Dios solamente dirá
que eres culpable.

MAT. ¡Mentira!
¿Qué culpa puede caber

dónde no existe vacío?
¡Eduardo... en tu desvarío
loca me vas á volver!...
Mírame puesta de hinojos, (Arrodillándose.)
inspírete conpasion
el llanto del corazon
que vierten mis tristes ojos!
No me preguntes ya más.
No insistas en tu porfía!

EDUAR. Ántes de que espire el dia
lo que me callas dirás.

MAT. No me compadeces?...

EDUAR. No!

MAT. ¿No te inspiro...

EDUAR. ¡Ira tan sólo!

MAT. (Con explosion y levantándose.)
Pues á tu furia me ínmolo
ya que ella me provocó!...

EDUAR. Vas á conseguir tu objeto!

MAT. ¿Qué dices?

EDUAR. Mujer liviana!

MAT. Julia!

EDUAR. No grites!

MAT. Hermana!!...

EDUAR. Piensa que nada respeto!...
¿Hablas?

MAT. No... nunca... jamás!

EDUAR. Infame! (Se dirige á coger una silla.)

ESCENA XIV.

DICHOS, JULIA, D. CUILLERMO y DAMIAN, que salen á un mismo tiempo, la primera por la segunda puerta izquierda, y los segundos por el foro. Julia corre á interponerse entre Eduardo y Matilde; D. Guillermo cubre con su cuerpo á ésta, y D. Damian stn atreverse á bajar queda en el centro. Procúrese gran rapidez en toda esta escena para mejor efecto del cuadro.

JULIA. Cielo divino!

MAT. Jesús!... (Vacilando.)

GUILL. (Saliendo.) Atrás, asesino!

EDUAR. (Á Julia.) Aparta!
GUILL. ¡Villano... atrás!
(La voz de D. Guillermo suspende á Eduardo.)
EDUAR. El infierno me abortó!
GUILL. Para el delito sin duda!
EDUAR. Señor... (Exaltado.)
GUILL. Mi pecho la escuda!
¡Hiere si te atreves!! (Con acento terrible.)
EDUAR. (Dejando caer la silla.) ¡Oh!
(Julia permanece siempre junto á Eduardo. Matilde desvanecida en brazos de D. Guillermo, y Damian en el centro, segundo término. Eduardo se cubre el rostro con las manos. Cuadro, Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

DAMIAN.

Todo en silencio ha quedado
despues de la tempestad.
Es notable en harto grado
que el marido haya intentado
tamaña barbaridad.
En esta casa há tres meses
la paz del infierno habita:
Eduardo con sus entreses
va aumentando los ingleses,
y rabia, patea y grita.
Le echaron de la oficina
por ser bastante gandul.
Eso... me dió mala espina.
¿Tendrá alguna concubina?
¿Imitará á Barba azul?!!
Deshonró á la pobre Angélica,
que se murió de pesar
yéndose á la mansion célica;
y hoy su actitud maquiavélica
quiso á Matilde matar.
No hay duda, como Tropmán

se dedicó al esterminio.
Debes guardarte, Damian,
que aquí se baila un can-cán
que no lo bailaba Plinio.
Las bromas de este hotentote
no son un grano de anís,
y es preciso estar á flote.
Si me suelta un capirote
pone mi vida en un trís.
Dios quiera que en su cerebro
la manía no se estanque
de echarme á mí algun requiebro;
si lo hace... le doy el quiebro
y evito su fiero arranque.
Á usanza de Robespier,
Eduardo, el país gobiernas
sin que te puedas valer.
Pero á mí... no puede ser,
que al buen andar llevan piernas.
Bueno será que repares
si de apretar te acomete
el deseo... los ijares,
que desde aquí al Manzanares
te doy cinco para siete.
Conque no seas cerril...
y reprime tu coraje,
mira que soy muy sutil,
y no paro hasta el Brasil
si emprendes conmigo el viaje.
Pero mi Julia preciosa
sale de la habitacion
de esa desdichada esposa:
no hay duda, está deseosa
de encontrar á ese Neron.
Y no concibo en verdad
que yo con mis veinte abriles
aspire con ceguedad
á un fiero aborto de Aquiles.
Pero Cupido su venda
colocó en los ojos mios,
y ya es difícil la enmienda.
Vamos á trazar la senda

de dar fin á sus desvíos.

ESCENA II.

DAMIAN y JULIA.

JULIA. Damian?
DAMIAN. Hermosa azucena,
cuya pureza enamora.
Astro divino, que adora
la noche dulce y serena.
Disco que el sol refulgente
atrae en perpétuo iman.
Concha preciosa do están
todas las perlas de Oriente.
Estrella cuyo fulgor
los corazones traspasa:
dígame si en esta casa
me espera un poco de amor.
JULIA. Cuando esa blanca azucena
reciba el fresco rocío
de las mañanas de estío
sin amargura y sin pena.
Cuando ese precioso disco
se torne en un girasol,
y auroras con su arrebol
le formen un obelisco.
Cuando esa concha preciosa
tenga magníficas perlas,
y usted se baje á cogerlas
con actitud valerosa.
Cuando esa estrella brillante
se halle en un tranquilo cielo,
y don Damian desde el suelo
con su fulgor no se espante.
Cuando ese mismo fulgor
nuestro corazon gradue
y la dicha perpetúe...
DAMIAN. ¿Me amará usted?...
JULIA. (Transicion rápida.) Si señor.
Pero en tanto vaya usted
á casa del boticario.

Un calmante es necesario.

DAMIAN. Pero...

JULIA. Me hará gran merced.

DAMIAN. Pero, Julia, cómo quiere
que mande yo preparar...

JULIA. Jarabe, láudano, azahar...

DAMIAN. Pero...

JULIA. Fuere lo que fuere,
no vacile usted.

DAMIAN. Julita!...

JULIA. Vaya sin perder momento.

DAMIAN. Pero...

JULIA. Si ese es su elemento:
¡Pronto, que se necesita!

DAMIAN. Bien, correré... volaré...
iré á ver al herbolario.

JULIA. No señor... al boticario.

DAMIAN. Con él aquí volveré.

JULIA. ¿Con el boticario?

DAMIAN. No:
con el calmante, se entiende:

JULIA. De eso Matilde depende.

DAMIAN. ¿Me amará usted?...

JULIA. Qué sé yo!..
¡Vaya, que corre peligro!

DAMIAN. Pues bueno, caiga el que caiga.
En cuanto el calmante traiga...

JULIA. ¿Qué va usted á hacer?

DAMIAN. Emigro!

JULIA. Y á dónde irá usted?

DAMIAN. Á Stambul.

JULIA. Busque el viaje primero.

DAMIAN. Si no me alcanza el dinero...
me meteré en el baul!... (Váse.)

ESCENA III.

JULIA sola.

Por fin encontré el pretexto
de alejarle un sólo instante.
Muchas veces un amante

sin comprenderlo es molesto.
Un asunto de interés
que se va á tratar supongo,
y que aquí estén me propongo
solos, solitos los tres.
Conque así, señor Damian,
no gaste usted tanta flema;
si es mala mi estratagema,
donde las toman las dan.

ESCENA IV.

JULIA, EDUARDO, por la segunda puerta derecha.

EDUAR. Julia, suplica á mi tio
que venga un momento aquí.
JULIA. ¿Diré que lo aguardas?
EDUAR. Sí.
JULIA. (Éste va á armar otro lío.)
(Váse por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA V.

EDUARDO.

Qué horrible es en el mundo
vivir de un ser al lado
celoso hasta del aire
que alienta su existir!
de angustia... hasta del pecho
saltar el alma quiere.
Para vivir sin dicha
y amar sin ser amado,
para vivir sufriendo...
valdría más morir!
Envuelto en las tinieblas
de tenebrosa noche,
ni el bálsamo del sueño
me viene á consolar.
Si aparto mis ideas
para olvidar su imágen,
la tétrica amargura,

con su cerrado broche,
la imágen de su imágen
me vuelve á dibujar...
Mañana... para siempre
me aparto de su lado
do llore eternamente
mi desdichado amor.
Si acaso la vergüenza...
la pena me matara,
consagra á la memoria
del pobre desterrado...
un mísero recuerdo,
un signo de dolor.

ESCENA VI.

EDUARDO, D. GUILLERMO, por la segunda puerta izquierd

GUILL. Aquí me tiene usted ya.
Me han dicho que me buscaba.
EDUAR. Que así lo hiciera há un instante
supliqué á mi hermana Julia.
GUILL. Pues bien, ya solos estamos,
puede decir lo que ocurra.
EDUAR. Ántes, señor don Guillermo,
que acepte usted mis disculpas,
bueno será que á la calma
por un momento recurra.
GUILL. Debo advertir, caballero,
que su favor no me asusta,
y que de usted no he pensado
sufrir la menor injuria.
EDUAR. Si me habla usted de ese modo ..
GUILL. Jamás mis labios adulan.
He dicho que no le temo
ni podré temerle nunca.
Si ha encontrado en mí hasta ahora
cariño y franqueza suma,
desde hoy seré el anatema
que le persiga y confunda.
EDUAR. Don Guillermo...
GUILL. Miserable!

Ponga usted sus manos rudas
sobre el rostro de este anciano
si se atreve por fortuna.

EDUAR. Ah! sepa usted...

GUILL. Lo sé todo:
conozco bien su conducta.
No imagine usted que ignoro
sus fechorías inmundas,
ni que desconozco todo
lo que de usted se murmura.
Sé bien que de la oficina
le han echado por su culpa,
y en la direccion dió pábulo
á diversas congeturas.
Que entre el desórden y el vicio
desenfrenado pulula,
y que las noches se pasa
entre jugadoras turbas.
Cual si no fuera bastante
que entre el vicio se confunda,
contra una débil esposa
provoca cobarde lucha.
Y, en fin, para más vergüenza
del que de su honor abjura,
procede... cual asesino
que airado el puñal desnuda.
Eso es infame, es... inícuo;
y el mundo lo conceptúa
digno de un ladron cobarde
que roba, mata y se oculta.

EDUAR. Es cierto que he procedido
con extremada locura;
pero tambien, don Guillermo,
sus palabras me calumnian.

GUILL. ¿Qué dice usted?

EDUAR. Que la cólera
en este instante le ofusca.

GUILL. Cómo, ¿podrá desmentirme
lo que he visto?...

EDUAR. Se acumulan
tantos y tantos sucesos,
y tantas ideas juntas,

que cual criminal é infame
hoy todos aquí me juzgan.
Detesto el crímen y adoro
á mi mujer con locura;
pero ella... ¡Dios mio!... ella
traidora, pérfida, impura,
infiltró en el pecho mio
el aguijon que me punza
de los celos que causaron
nuestra eterna desventura.

GUILL. Eduardo, tenga usté en cuenta
que no acepto congeturas,
y que su lenguaje infama
á un ángel que al bien la impulsa.
Explique usted las palabras
que ha dicho.

EDUAR. Cuando descubra
el secreto que me mata
y que mis sentidos turba,
la opinion que de mí tiene
rectificaré su duda.

GUILL. Hable usted.

EDUAR. Salga del pecho
un secreto que me abruma,
por el cual vivo muriendo
y cavo mi propia tumba.
Ya sabe usted, don Guillermo,
que hicieron Matilde y Julia
á poco de nuestro enlace
un viaje á Borja y Alcudia.

GUILL. Si señor, por aquel tiempo
se encontraba doña Obdulia
de peligro enferma, y fueron
Matilde y su hermana juntas
á pagarle á la abuelita
sus cariños con usura.

EDUAR. Pues bien, durante su ausencia
de quince semanas justas
el baron de Casa-blanca
tambien se hallaba en la Alcudia.

GUILL. ¿Y qué?

EDUAR. Que como en un tiempo

aspiró á la mano suya
y él la adoraba...

GUILL. Eduardo!...
¿qué es lo que usted conceptúa?

EDUAR. Lo que es verdad, don Guillermo;
y en mi garganta se anudan
las palabras de un delito
que nuestra existencia enluta.

GUILL. Acabe usted.

EDUAR. Á su regreso,
y con maliciosa astucia,
buscaba frecuentemente
mil encontradas excusas...

GUILL. ¿Para qué?

EDUAR. Para ausentarse
de casa.

GUILL. No me confunda
usted. Explíquese pronto.

EDUAR. Voy á explicarme.

GUILL. Concluya.
Á dónde iba?

EDUAR. Los celos
me hicieron esa pregunta,
y yo para contestarles
seguí á Matilde.

GUILL. ¿Y en suma...

EDUAR. Iba siempre á un sotabanco
de la calle de la Luna.

GUILL. Y bien?...

EDUAR. Entró en una casa
de modesta arquitectura,
en donde su permanencia
no fué sin embargo mucha.
Apenas salió Matilde,
sin vacilacion ninguna,
subí y pregunté quién era
aquella dama. ¡Repugna
pensar lo que me dijeron!

GUILL. ¿Qué fué?

EDUAR. Una jóven de Astúrias
que allá habitaba, creyéndome
un buscador de aventuras,

dijo que aquella señora
era la inquilina única
del sotabanco, y mostróme
entre aturdida y confusa
un objeto... que...

GUILL. Prosigue!

EDUAR. La pena mi acento trunca!

GUILL. Prosigue, Eduardo... acaba!
¿Qué dijo?

EDUAR. Que era viuda,
y que era madre de un niño
que dormía en una cuna!

GUILL. Cielos! ¿Y el niño?

EDUAR. Allí estaba.
Lo contemplé con angustia...
con ira... y aun con espanto,
pues despertaba una lucha
de encontrados sentimientos
que el gérmen del mal inculcan.
Salí de allí suplicando
á aquella mujer que nunca
refiriese á la señora
mi visita inoportuna.
La dí un poco de dinero...
y usted lo demas calcula.
De entónces soy desgraciado.
De entónees el alma busca
sentimientos que la engañen
y ruidos que la aturdan.
Dígame usted si hay motivo
para que exista mi furia,
cuando cubiertos y alhajas
lleva á las casas de usura.
Cuando que trabaja veo
noche y dia en la costura.
Cuando un collar de esmeraldas
vende por mezquina suma,
y todo ese lujo del crímen
lo ocasiona y lo disfruta! (Pequeña pausa.)

GUILL. Tiene razon tu disculpa;
diversas ideas cruzan
por mi mente en este instante

cuya rapidez me ofusca.
EDUAR. Puesto que me compadece
y á mi remedio coadyuva;
puesto que el sol de mi dicha
se ha trocado en noche oscura.
y que en mi pecho no queda
de amor esperanza alguna,
confío en ese destino
para la isla de Cuba.
GUILL. Cuenta con él. Mas primero
aclarar quiero mis dudas
interrogando á Matilde
con meditada cordura.
EDUAR. Ella viene. Don Guillermo...
mañana parto. (Váse por la puerta derecha.)
GUILL. Descuida.

ESCENA VII.

D. GUILLERMO.

¡Honor... virtud... sentimiento!...
¿Dónde en el mundo se encuentra?
¡Pobre Eduardo!. . Te juro
que mitigaré tus penas!

ESCENA VIII.

D. GUILLERMO, MATILDE.

MAT. Tio... ¿qué ha dicho Eduardo
de aquella pasada escena?
Le ha reñido usted bastante?
GUILL. Eduardo exhala sus quejas,
pues sabe que es desgraciado
pagando culpas agenas.
MAT. ¿Culpas agenas?... ¡Qué escucho!
cuéntemelas con presteza.
GUILL. ¿Que te las cuente? (Asombrándose.)
MAT. Al instante.
Si usted lo que sufro viera!
Amo con ciega locura
al hombre que me desprecia,

y cada dia que pasa
más mi pasion se acrecienta.

GUILL. Pues es extraño.

MAT. No, tio;
no demuestre usted extrañeza
sabiendo que en mi alma pura
sólo virtudes se albergan.

GUILL. ¿Qué dices, desventurada!
¿Hay pureza en tu conciencia?

MAT. ¡Tanta... cual hay en los cálices
de las flores de la selva!

GUILL. Algunas guardan traidoras
del veneno las esencias,
y matan con su hermosura
al que se atreve á cogerlas.

MAT. Pues bien; yo soy de esas flores
que sin parecer muy bellas,
lanzan amantes suspiros
al aire que las refresca.
Soy flor que el aura embalsama,
como la pobre violeta
que respira solamente
virtud... aun despues de muerta.
Flor... que el caminante busca
cuando tiene el alma enferma,
y que al aspirar su aroma
remedio eficaz encuentra.
Flor, en fin, que en los pensiles
muy raras veces se alberga,
pues prefiere triste y sola
crecer entre humilde yerba,
que aunque fieros huracanes
veloces en su carrera
el tallo arrancar consigan,
nunca su virtud se llevan.
Pues si yo soy, tio Guillermo,
flor tan sencilla y modesta,
¿cómo en el alma que aliento
puede faltar la pureza?

GUILL. Tendrías razon, Matilde,
si por dicha fuese cierta
la comparacion que has hecho

de la flor... y tu pureza.
La pintura... es muy hermosa,
mas... la realidad... funesta!

MAT. ¿Qué dice... que no lo entiendo?

GUILL. ¡Que inútilmente te esfuerzas
en cubrir con pardas tocas
de crespon... una vileza!
(Eduardo aparece por la segunda puerta derecha.)

MAT. ¿Vileza yo?... Tio Guillermo,
jamás de usted supusiera...

GUILL. Eduardo lo sabe todo.
Y si es infeliz... si juega,
es... porque le has engañado.

MAT. Eduardo miente!

EDUAR. (Y lo niega!)

GUILL. Sabe que ocultas un niño!

MAT. ¡Cielos! mi mente no acierta...

GUILL. Fruto del crímen!

MAT. (Con resolucion.) Es cierto.

GUILL. Miserable!

EDUAR. (Bajando.) ¡Lo confiesas!

ESCENA IX.

DICHOS, EDUARDO.

GUILL. Y ese niño... es hijo tuyo!

MAT. ¡Mio!... ¡Calumnia grosera!
¡Yo un hijo... del crímen!
¡Yo miserable!... yo pérfida!
(Con espansion.)
¿Quién tan horrible delito
á imputarme se atreviera
sin que el cielo le arrojára
su tremebundo anatema!
Retire usted, don Guillermo,
esa engañosa blasfemia!
Retírela si no quiere
que aquí me mate la pena!!

GUILL. Habla, hija mia.

EDUAR. Sí, explícate.

MAT. Deje usted que aliento tenga.

Perdona, Dios, si quebranto
el juramento que hiciera
de callar el sacrificio
que mi corazon encierra. (Pequeña pausa.)
Recibí una carta un dia
que para Eduardo era,
y acosado por los celos
arranqué el sobre y la nema.
La leí dos... ó tres veces
con lágrimas de vergüenza,
pues era el adios postrero
de una moribunda lengua.
Enseñárselo á Eduardo
era turbar nuestra leda
felicidad, y dispuse
del niño ser madre tierna...
gastando cuando tenía...
y cuanto adquirir pudiera.

EDUAR. Y esa carta?...

MAT. Aquí en mi pecho
desde entónces se conserva.

EDUAR. Pero... ¿qué dice?...

MAT. (Mostrando la carta) ¿Qué?... Escucha...
y compadéceme.

GUILL. (Resolucion y sin grito.) Léela. (Pausa.)

MAT. (Leyendo.) «Eduardo... el cielo me llama;
»de Dios vuelo á la presencia,
»pues mi atribulado espíritu
»quiere abandonar la tierra.
»Tienes un hijo .. que vive
»entre orfandad y pobreza,
»y de cuyo nacimiento
»te oculté la triste nueva
»por no turbar el reposo
»que á tu matrimonio espera.
»La casa donde lo dejo
»te indicará esta tarjeta.
(Embargada por la pena, y con alguna precipitacion el resto de la carta y versos siguientes.)
»Cuida de él, Eduardo mio...
»y protege su inocencia!
»Muero... pero... te perdono.

»¡Vela por nuestro hijo... vela...
»y... ¡ojalá que con tu esposa
»más afortunado seas,
»que lo que ha sido contigo
»la desventurada Angélica.»
Ahora, Eduardo, ¿comprendes
la causa de mi reserva?
Y usted, tio... ¿no adivina
el daño que ántes me hiciera?

GUILL. ¡Hija del alma!

EDUAR. Perdóname!

MAT. Yo te perdono de veras,
que violeta he sido siempre
de saludables esencias.

EDUAR. Matilde!...

MAT. Eduardo! (Abrazándole.)

ESCENA X.

DICHOS, JULIA.

JULIA. Bravo!
veros así me enagena.

MAT. ¡Ay... Julia... que hace tres meses
que no le abrazaba!...

JULIA. Aprieta!
aprieta fuerte, Matilde! (Suspirando.)
Yo tambien me desquitára
si hacerlo cual tú pudiera!...

ESCENA XI.

LOS MISMOS, DAMIAN.

Damian baja á ocupar el extremo de la izquierda. Julia á su lado. Sigue despues D. Guillermo, Matilde y Eduardo.

DAMIAN. Aquí está el calmante. ¡Cielos!
Qué transformacion es esa?...

JULIA. Eso, Damian es la dicha.

DAMIAN. Pues, yo la hallaré en América.
¡Abur! (Yendo hácia el foro.)

GUILL. Te vas?...

DAMIAN. Voy al Congo
huyendo de las Lucrecias.
JULIA. ¿Qué Lucrecias?
DAMIAN. Las de Borgias,
que enamoran y envenenan.
Adios.
JULIA. Si te amo... y me caso
mañana mismo.
DAMIAN. De veras?
JULIA. De veras!... ¿verdad, Eduardo?...
EDUAR. Si mi Matilde lo aprueba...
MAT. Yo... Sí!...
DAMIAN. ¡Gran Dios! ¿será un sueño?
JULIA. No, Damiancito... no sueñas,
que ha despertado mi envidia
el bien que á Matilde espera.
DAMIAN. ¡Ay! pues tomaré el calmante
para aliviar mi sorpresa.
(Al mismo tiempo toma la mano de Julia y apura la bebida que contiene el vaso.)
EDUAR. Muerta la luna de miel,
enagenaste con pena
ese precioso joyel,
y hoy te devuelvo con él
la venturosa cadena. (Dándolo el collar.)
Porque al mundo con valor,
demostraste sin ficcion
y agobiada de dolor
un pecho lleno de AMOR,
MARTIRIO Y ABNEGACION.

FIN DEL DRAMA.

